

El inspector de equipajes



Durante un registro rutinario a un pasajero, el inspector de equipajes Iriarte descubrió que le engañaba su esposa. Del portafolios del desconocido asomaron unas fotos comprometedoras que no dejaban sitio a la duda. No quiso hacer una escena, y después de sellar convenientemente el resguardo y entregárselo al intruso mientras decía: “Todo en orden”, vio alejarse de reojo la espalda cubierta por el pelo rubio del abrigo, la espalda del amante camino de su vuelo, y se quedó sin respuestas. Ella le había prendido una nota en la almohada diciendo que ese fin de semana se marchaba a esquiar a la montaña y quizá no fuese mentira. La maleta que venía a continuación contenía un surtido de rosarios bendecidos por el Vaticano.

El inspector de equipajes y su mujer decidieron separarse de mutuo acuerdo. Iriarte alquiló un cuarto bastante feo y terminó de afearlo al trasladar los restos de su existencia. Como era difícil vivir sin ella a todas horas, aceptó quedarse con un loro que nadie reclamó en la aduana y consolarse con las blasfemias que el animal emitía sin descanso. Ni soñar con que su esposa volviese: es más, no la necesitaba. Buscó algo a lo que aferrarse para mantenerse a flote y se le ocurrió hacerse rico. Se marcaría una meta y no cesaría de luchar hasta alcanzarla. Pensó que un millón de pesetas bastaría para dejar el trabajo. No se le ocurrió pensar en una cifra más alta.

Durante los nueve años siguientes Iriarte trabajó como un perturbado, con la conciencia vacía, apartando cantidades minúsculas de su sueldo de funcionario de Aduanas y yendo cada sábado a primera hora a ingresarlas en la ventanilla ban-



caria con el ánimo oprimido. Escogía para la ocasión su mejor traje y desde muy temprano aguardaba, bañado y perfumado, tembloroso, tarareando una melodía mientras paseaba por su habitación de divorciado con loro, a que fuese el momento de abrir las puertas de los bancos al público. Entonces se dirigía con su apostura de novio, con su peinado de novio, con perfectas uñas cuadradas y rabioso afeitado, hacia el momento culminante de su semana sin variaciones. Entregaba a la cajera tan amable el depósito con la insignificante suma en metálico, la gran rúbrica pomposa, igual que otros -o él mismo en épocas pretéritas- hacía donación de un camafeo o dos entradas para el teatro a la criatura somnolienta con quien anhelaba casarse en breve. Se sometió a la suave locura de aquel rito inofensivo sin añadir modificaciones y durante nueve años seguidos Iriarte estuvo ahorrando la calderilla de su salario de hombre sin vicios, confiando alcanzar aquella cifra optimista, mágica, intocable, de un millón de pesetas, tras lo cual abandonaría el empleo. Pues carecía de otros estímulos para existir y después de la excursión semanal a su espejismo no tenía nada más que hacer durante el fin de semana. Se enfrentaba a solas al vacío laboral de aquellas tardes de primavera inmensas y suburbanas tratando de apuntalarlas con pequeñas faenas domésticas, o televisión, o loro.

Cuando al cabo de nueve años de monotonía y esfuerzo Iriarte comprendió que era posible, que estaba a un paso de lograr su objetivo del millón de pesetas antes de cumplir los cuarenta y que el saldo de su cuenta cantase el anhelado balance, le dominó un instante de pánico. Había previsto vagamente retirarse de su puesto de inspector de equipajes al alcanzar sus fines, pero la misma lejanía de la meta actuaba como anestesia. Entonces comprendió por vez primera lo solo que había estado en estos días y meses y años, lo indefenso que se encontraba frente a su sueño, y también por vez primera dejó de acudir al banco cada sábado y se ocultó de su hazaña. Se asustó de la cajera tan amable, rubia teñida, siempre con expresión atónita. Tenía miedo de enterarse de que el objetivo estaba alcanzado, de recibir una carta impersonal en la que la máquina, con letra de ordenador, le escupiese su juramento. Durante cerca de dos semanas Iriarte vivió en una especie de limbo o de inexistencia preñada de posibilidades, en una mezcla de miedo y orgullo por haberlo conseguido, de temor y

deseo, y él mismo se notaba cara rara cuando en las últimas noches de trabajo inspeccionaba en el aeropuerto medio desierto los equipajes ajenos de parejas recién casadas, y turistas y negociantes: la loción barata, el pijama deshuesado, el crujiente sujetador... para otros.

La carta llegó un jueves. Iriarte la descifró al trasluz y leyó la cantidad exacta, inapelable, que podía trastocar su vida. No la abrió. La llevó en el bolsillo durante la semana siguiente, se dio de plazo hasta el próximo domingo, que trascurrió sin novedad. Marzo se descolgó con un viento de verano y la vacante del frío fue ocupada por ardientes plazoleas donde sentarse y rumiar su incertidumbre, frente a la carta sellada del banco que comenzaba a ponerse amarilla. Pensó que él en realidad no quería cambiar de existencia, sino sólo estar seguro de que podía hacerlo cuando quisiera. Era dulce, en las noches saharianas de Barajas, con sangrientas luces de aviones taladrando a sus espaldas la oscuridad de la pista, hundir las manos en las maletas de los viajeros, amasar por un momento los tejidos comprimidos en sus nichos con llavines y correa, sentir en un sofocante segundo de excitación que él tenía el poder de decidir un futuro, el suyo y el de otros, de encontrar algo ilegal en la bola de ping-pong de un calcetín sospechoso o en el humo de una media, de detener por capricho el vuelo de un pasajero. Nunca lo hizo. Se limitaba a sacudir la cabeza congestionada con arrogancia fingida, la cabeza que ahora se había vuelto pesada por la conciencia del botín que estaba obligado a sostener igual que el ciervo sostiene la cornamenta.

-Pase por esta vez, pero que conste que la próxima lo denuncio.

Después de un tiempo, no se sabe cómo, Iriarte se las arregló para abandonar el empleo de inspector de equipajes y vivir sin más fuente de ingresos que sus ahorros. Entonces comenzó la repetición de esos nueve años de sacrificio pero a la inversa. En pocos meses de ocio Iriarte entendió que había obtenido su sueño y que no había obtenido nada. Cada sábado volvía a acudir a la oficina bancaria, sin afeitarse, demacrado, en una caricatura inversa en la que iba retirando las mismas irrisorias cantidades que había ingresado durante años con tantas privaciones. Se dio cuenta además de que ejecutaba su acción ante la cajera teñida con los mismos gestos de antes, la misma rúbrica ampulosa en la que sólo un ojo experto hubiese descifrado algo menos de impul-

so, un trazo más comedido. Contempló la oficina familiar, con las calvas eficientes detrás de los escritorios, el zumbido de teclado o de panal con que las operaciones fluían del papel continuo a los expedientes, y se hundió en una sensación de naufragio.

En su cuarto le aguardaba la colada tendida de pared a pared, goteando sobre los periódicos extendidos por el suelo. El loro, al envejecer, se había vuelto educado y se negaba a pronunciar términos malsonantes. En la despensa se amontonaban latas precocinadas y víveres de limosna, un ángel imantando en el frigorífico, la peladura de un limón seco como la correa de un reloj de pulsera. Tan frugal y espartana era su vida que Iriarte podía haberla alargado indefinidamente hasta agotar su escaso millón otro lapso increíble de años, puede que incluso cinco. Se quitó la chaqueta y se la volvió a poner y salió de nuevo a la calle. Regresó a la agencia bancaria llevando todo el tiempo la sensación de pérdida y de haber olvidado algo, ni remota idea de qué. Entró contra toda costumbre por segunda vez aquel sábado en el ámbito refrigerado de las finanzas, en cuyas catacumbas los billetes mantenían un frescor de hortaliza, y se plantó frente al reflejo acuífero de la cajera.

La observó, y supo que era correcto. Ella llevaba tras el vidrio más de una década, inmóvil todo el tiempo con sus lentillas mientras Iriarte mantenía la pugna consigo mismo y arrastraba aquella existencia idiota y desprotegida entre maletas y alpiste. Y era sobrecogedor saber que ella había estado allí todos los sábados, todos los meses, ingreso tras ingreso, a lo largo de miles y millones de firmas y talonarios, tan sola como él, tan indeciblemente sola como él, quieta en su sombra verde como un testigo amistoso de sus idas y venidas. La miró. Miró su frente. Vio el pelo encanecido, despeinado por un viento de secador, el pelo que para su sorpresa ya no era teñido ni rubio y sobre el cual él era incapaz de recordar en qué momento había dejado de serlo. Lo que más le impresionó a Iriarte fue verla envejecer en unos pocos segundos, contemplar el desfile de caras sucesivas que ella había ido almacenando y dejando atrás en su huida hacia el futuro. Era para llorar pero él no lloró, se limitó a mover los labios frente al espejo blindado mientras el resto de empleados y clientes asistían estupefactos a la declaración de amor fuera de lugar en aquel sitio entre el antiguo inspector de equipajes y la cajera.

Ahora hay más ropa tendida en el cuarto del divorciado y Rita casi ha conseguido abolir la monotonía de las conservas. Él le está agradecido por ocuparse de la contabilidad y del estado de sus ahorros que Iriarte fue entregándole como un pretendiente cada sábado a lo largo de nueve años sin tregua, sin saber que eran para esto y la vida en común da señales de que ha comenzado a arreglarse. A veces se producen discusiones seguidas de un solo portazo pero eso entra en la lógica de las cosas, se habla y todo se arregla, para eso somos humanos. De cuando en cuando el correo trae alguna oferta interesante para Iriarte y él es moderadamente feliz al pensar que podría conseguir otro empleo si quisiera, cuando quisiera, y volver a reunir un nuevo millón de pesetas, quizá con suerte hasta dos. A Rita, sin embargo, no le agradan los loros.

Contempló la
oficina familiar,
con las calvas
eficientes detrás de
los escritorios, el
zumbido de teclado
o de panal con que
las operaciones
fluían del papel
continuo a los
expedientes, y se
hundió en una
sensación de
naufragio.

